



CONCURSO CIENTÍFICO-LITERARIO #RosaMontero

TERCER PREMIO

Autora: Alicia Burgos Carrascón

El intenso y repentino sonido del timbre hizo que me levantara de un brinco de la silla mecedora en la que reposaba. La verdad es que aquellas tórridas mañanas de verano podían conmigo. Me acerqué a la puerta y la abrí, no sin antes haber comprobado por la mirilla que se trataba de Hans, el cartero.

“¡Albert!” -me dijo abrazándome y pegándome un par de palmaditas en la nuca.

Me entregó las cartas que me correspondían y se marchó rápidamente escaleras abajo.

“Menudo hombre” -pensé.

Teníamos una buena amistad ya que el hecho de recibir un buen puñado de cartas cada día se había convertido en mi rutina. Mis ideas sobre la incapacidad de la Física Clásica de explicar algunos resultados experimentales habían surcado Europa y recibía mucho apoyo y aliento tanto de conocidos como de curiosos de la ciencia.

Recorrí el pasillo con ademán de volver al salón antes de irme a la Universidad Alemana de Praga donde trabajaba como docente de Física Teórica. Cogí el maletín y me estiré la americana intentando disimular las arrugas que evidenciaban mi descuidada forma de vestir. Poco antes de salir de casa, algo hizo que clavara mis ojos en la última de las cartas que había colocado sobre la mesa unos minutos atrás. Se trataba de un sobre ligeramente más rígido que los demás. Lo tomé en mis manos. Indicaba que el remitente era nada más y nada menos que Ernest Solvay, el químico que había ideado un nuevo método para la obtención de sosa. El inversor de grandes fortunas en un nuevo desarrollo científico me había escrito. Esto solo podría traer buenas noticias. Deslicé mis dedos cuidadosamente por la solapa y abrí el sobre. Extraje su contenido como si de un tesoro se tratase y lo desdoblé con suma delicadeza para leerlo: “Invitación al primer consejo científico internacional para tratar algunas cuestiones de actualidad sobre teorías moleculares y cinéticas”. Nada más leer las primeras líneas, un halo de excitación recorrió mi mente. Solvay explicaba que necesitaba un cambio de las Teorías Clásicas Molecular y Cinética porque los resultados experimentales no estaban de acuerdo con ellas. Cuando vi que hacía alusión a mis aportaciones a este campo no pude evitar que se me escapase una sonrisa de satisfacción. De modo que, con el propósito de resolver aquel dilema, quería celebrar una reunión conjunta de investigadores y abordar dichos temas.

“Interesante”-pensé-, y corrí hacia mi mujer, Mileva, que se encontraba jugando con nuestro hijo recién nacido Eduard.

Le mostré la carta. Emocionada, susurró unas palabras que no conseguí entender y me tomó la cabeza con sus manos antes de dejarme marchar hacia el trabajo. Aquel 15 de junio se convirtió en mi día soñado.

Cuatro meses y medio después, llegó el ansiado día 29 de octubre de 1911.



Observé por la ventana que el cochero me esperaba en la calle. Me despedí de mi querida Mileva y de Hans y Eduard, nuestros hijos, y entré en el sofisticado automóvil. Cerré de un golpe. Sabía que la puerta que acababa de cerrar suponía una nueva etapa en mi vida, un nuevo horizonte en mi carrera como científico.

Durante las 10 largas horas de viaje que separaban la capital checa de Bruselas me dediqué a filmar con las cámaras de mis pupilas las disputas entre la infinidad de gotas de agua para llegar antes al otro lado del cristal. No cambié de posición ni una sola vez. Quedarme pasmado mirando a la nada era una técnica a la que solía recurrir para pensar en todo, para conseguir, por unos pocos segundos, levitar sobre todo lo observable y postrarme ante una realidad completamente matemática. Sin embargo, mi grado de concentración máxima se vio interrumpido cuando el chófer indicó que estaba frente a mi destino: el hotel Metropole. Admiré perplejo la enorme fachada que se levantaba ante mis ojos, un indicio de la sutileza y elegancia que albergaba.

Guiado por un atento y amable botones conseguí llegar a la puerta principal, en la que se encontraba Solvay, quien me daría la bienvenida con un fuerte apretón de manos.

“Dispone de 30 minutos para instalarse antes de que tenga lugar la primera reunión, señor Einstein”
-me recordó.

Me dirigí hacia mi dormitorio y mientras subía las interminables escaleras de mármol puede avistar por la ventana la larguísima hilera de taxis que nos habían conducido a mí y a otros muchos científicos hasta allí. Una vez había dado con mi alcoba, abrí la puerta y dejé que mis pertenencias experimentasen la aceleración de la gravedad. Analicé la habitación durante varios minutos sin que se me escapase un solo detalle. Era muy amplia y me resultaba inspiradora. Tras comprobar que el tiempo del que disponía se había consumido, me dirigí hacia la sala de conferencias lo más rápido que pude.

Al doblar la esquina del pasillo no me percaté de que una persona se dirigía hacia mí en sentido contrario y tropecé con ella. Levanté la vista ruborizado con ademán de disculparme cuando vi que se trataba de la brillante científica Marie Curie.

“Señora Curie, yo...” -dije tartamudeando.

“Hola, señor Einstein” -respondió antes de que terminara mi frase.

Ambos nos sonreímos. Éramos conscientes del gran valor de nuestras ideas e íbamos a trabajar muy duro para que fuesen reconocidas. A pesar de no habernos visto antes parecíamos amigos cercanos por la rápida manera en la que conectamos. Anduvimos enfrascados en una larga conversación. Le pregunté por sus hijas, Iréne y Ève, y por ella misma, porque sabía que la ausencia de Pierre, su marido y padre de las niñas, muerto casi 6 años atrás, había marcado a aquella familia. Superar una pérdida nunca es fácil, y en su caso, el de una mujer trabajadora y luchadora que debía sacar adelante a sus hijas, el hecho de estar tan alejada de los suyos no era de gran ayuda.

Una vez llegamos a la sala de conferencias, se realizó el acto de bienvenida, en el que cada uno de los 24 participantes fuimos presentados al resto y se hicieron pequeñas introducciones que tenían que ver con el motivo de la reunión: las teorías de radiación y los quanta. Cuando tomó la palabra el anfitrión Solvay, confesó que la idea de la conferencia fue de Nerst. De hecho, en los días

posteriores, el propio Nerst y Lorentz fueron el alma de los debates. Gracias a su gran inteligencia y su dominio de idiomas, consiguieron que las hipótesis propuestas fuesen un rayo de luz que nos iluminaba a todos los allí reunidos.

En los descansos, la prensa solía entrar a entrevistar a alguno de los presentes. Yo, sin embargo, prefería retomar las conversaciones con mi nueva confidente, Madame Curie. Era una estrategia para mantenerla al margen de los periodistas. Era sabido que entre Marie y Langevin, un brillante científico alumno de su difunto marido Pierre, había una relación que traspasaba lo científico. Ambos estaban presentes en la reunión y se mostraban muy tensos. Yo no estaba dispuesto a que en mi presencia los medios la pisotearan tachándola de trepahogares y destrozafamilias, cuando era Langevin el que se había echado a sus brazos porque estaba prácticamente separado de su mujer.

Para un joven como yo de 31 años ver a una científica de 44 enamorada de un hombre 5 años más joven que ella, no rompía las leyes del universo. Allí me percaté del gran afán de la prensa por hundir a la primera mujer Premio Nobel, la primera en destacar en el campo de la ciencia y ser un referente para otras muchas mujeres.

Tristemente, el 5 de noviembre, al día siguiente del cierre de la conferencia, el periódico Le Journal publicó un reportaje titulado "Una historia de amor: Madame Curie y el profesor Langevin". Se decía que la mujer de Langevin poseía cartas que los delataban y que Marie era una comehombres que había destrozado un matrimonio con cuatro hijos.

Muchos amigos científicos se habían puesto contra ella, y yo no pude menos que escribirle esta carta:

"Muy estimada Sra. Curie,

No se ría de mí por escribirle sin tener algo sensato que decirle. Pero me siento muy enojado por la forma en que el público actualmente se ha preocupado en lo que usted concierne, por lo que absolutamente debo ventilar este sentimiento. Sin embargo, estoy convencido de su desprecio por esta gentuza, ya sea si le prodigan obsequioso respeto o sacien su lujuria por el sensacionalismo. Me siento impelido a expresarle cuánto admiro su intelecto, su manejarse y su honestidad, y me considero afortunado de haberla conocido en Bruselas. Cualquiera que no se cuente entre estos reptiles es ciertamente feliz, más ahora que contamos con personajes entre nosotros como usted y Langevin también, gente real con quien uno se siente privilegiado de tener contacto. Si la gentuza se mantiene ocupada con usted, mejor no lea esa bazofia, mejor déjesela al reptil para el cual fue fabricada. Con el más amigable recuerdo suyo, de Langevin y de Perrin, atentamente,

Albert Einstein.

P.D. He determinado la ley estadística del movimiento de la molécula diatómica en el campo de radiación de Planck, por una chistosa ocurrencia, naturalmente bajo la presunción de que la estructura del movimiento siga las mismas leyes mecánicas. Aunque mi esperanza de su validez es mínima."

En esa misma semana del mes de noviembre la justicia equilibró la balanza: Marie recibió un telegrama en el que se le comunicaba que había sido galardonada con el Premio Nobel de Química.

Durante aquellos días que compartimos en Bruselas expusimos y debatimos nuestras diferentes teorías entre el elegante Metropole y el Instituto de Fisiología fundado por Solvay.

Se presentaron en total doce ponencias. Lorenz habló de la aplicación a la radiación del teorema de equipartición de la energía. Jeans de la teoría cinética del calor específico según Maxwell y Boltzmann. Warburg de la verificación experimental de la fórmula de Planck para la radiación del cuerpo negro. Rubens de la verificación de la fórmula de la radiación de Planck en el dominio de las longitudes de onda grandes. Planck de la ley de radiación del cuerpo negro y la hipótesis de las cantidades elementales de acción. Knudsen de la teoría cinética y las propiedades de los gases perfectos. Perrin de las pruebas de la realidad molecular y estudio especial de las emulsiones. Nerst de la aplicación de la teoría de los cuantos a diversos problemas fisicoquímicos. Kamerlingh Onnes sobre las resistencias eléctricas. Sommerfeld de la aplicación de la teoría del elemento de acción a los fenómenos moleculares no periódicos. Langevin de la teoría cinética del magnetismo y de los magnetones. Y yo hablé del estado actual del problema de los calores específicos.

El penúltimo de los días de reuniones fue el más intenso. En mi ponencia, recogí parte de mis trabajos anteriores, como los publicados en 1907, y añadí nuevos datos experimentales sobre calor específico. Finalmente, determiné el hecho de que las oscilaciones térmicas no poseen una frecuencia determinada, sino todo un espectro de frecuencias.

Los aplausos recibidos fueron muy reconfortantes y las largas horas de debate con Planck, Sommerfeld, Nerst y Röntgen, muy provechosas.

¡Miento! -A excepción de las que compartimos este último y yo, quien hizo una extensa crítica hacia las teorías de Planck y las mías, diciendo que eran irreconciliables con la Teoría Clásica. La discusión fue muy acalorada y todos aportamos nuestro punto de vista, también Marie y Langevin.

Cuando se dio por terminada la sesión, nos reunimos en torno a la mesa de debate para ser fotografiados. Me coloqué al lado de Onnes y Langevin, quien hacía todo lo posible por apartar la vista de las dos personas que teníamos frente a nosotros, Marie y Poincaré. Podía apreciar su grado de tensión en ese intento de evitar el contacto visual, y sabía que tenía ciertos sentimientos de culpabilidad. Miré hacia adelante, suspirando e intentando averiguar qué se le pasaría a mi amiga por la cabeza en esos momentos. Desde luego no eran teorías científicas.

Al día siguiente, las expectantes jornadas llegaron a su fin. Sólo 4 personas intervinieron en las conclusiones: Poincaré, Brillouin, Nerst y Langevin. Probablemente no lo hicimos nadie más porque vimos que nuestro ansiado congreso había finalizarlo sin quererlo.

De cualquier modo, todos quedamos satisfechos ya que se habían puesto en duda los principios fundamentales de la Mecánica y se habían asentado las bases para desarrollar una nueva disciplina, coherente con las ideas discutidas durante esos días, a pesar de la persistencia de científicos como Planck, que seguía intentando por todos los medios conseguir que las nuevas ideas se adaptaran a la física anterior, sin que supusieran un cambio brusco.

La emocionante despedida estuvo marcada por la promesa de seguir trabajando en el desarrollo de nuevas teorías que rompiesen con la Física Clásica. Solvay postuló que nuestra obra sería “un



monumento que los siglos respetarían”. Expresó querer organizar otra reunión dos años después, en 1913, para seguir defendiendo nuestras tesis, a la que todos estábamos invitados.

Teníamos muy claro que no había más remedio que apostar por las hipótesis cuánticas revolucionarias.

Ese 4 de noviembre de 1911, antes de marchar hacia Praga, quise despedirme de un modo personal de Marie.

“Espero que tengas un buen viaje, Marie”-le dije-. “Seguiremos en contacto. Manda saludos a las niñas y no hagas caso a los rumores ni al sensacionalismo. Me veo obligado a decirte lo mucho que admiro tu intelecto y honestidad, y que me considero afortunado por haberte conocido”.

“Gracias, Albert” -añadió agradecida, dándome un cálido abrazo.

Sabíamos que era nuestra primera despedida, pero no la última.

Cogí mis maletas y monté en el taxi. Miré por la ventana y ladeé mi mano para despedirme de Marie y de los demás.

Esa conferencia en el Metropole sería historia porque, a pesar de nuestras distintas procedencias, conseguimos hablar todos el mismo idioma: el idioma del inconformismo y del progreso.